

quienes las orejas taladradas son la señal de la servidumbre ó de la sujecion. Las mandíbulas y los dientes son tambien trofeos; en ciertos casos se arrancan dientes para aplacar un jefe muerto, y en otros los arranca un sacerdote para una ceremonia casi religiosa. Se arranca á los enemigos muertos el cuero cabelludo, y su cabellera sirve á veces para adornar el vestido de los vencedores; de ahí, como consecuencia, diferentes costumbres. Unas veces se afeita al vencido reducido á esclavitud; otras llevan los hombres el cabello de la coronilla como un objeto que pertenece á su jefe, quien puede exigirlo en prenda de sumision; en otras partes se afeita la barba de ciertos individuos para adornar con ella el traje de su señor feudal, lo que hace que la barba crecida se convierta en señal de elevada categoría. En muchos pueblos se usa el sacrificio de la cabellera para aplacar el espíritu de los padres muertos; tribus enteras se cortan el pelo al morir su jefe ó su rey; la entrega del cabello es tambien una expresion de sumision á los dioses; á veces se le ofrece á un superior vivo en señal de respeto, y esta ofrenda honorífica se hace extensiva á otros. Lo mismo sucede con la mutilacion de los órganos genitales; córtanse éstos como trofeo á los enemigos muertos y á los prisioneros vivos, y son ofrecidos á los reyes y á los dioses; en las demás clases de mutilaciones no sucede de una manera distinta. La emision sanguínea voluntaria, causada en parte tal vez por el canibalismo, pero mucho más generalizada por la costumbre de cambiar la propia sangre con la de un amigo en prenda de fidelidad; la emision sanguínea ocupa un lugar en varias ceremonias que expresan la dependencia; hallámosla usada para apaciguar los espíritus y los dioses, y á veces como acto de cortesía para con los vivos. Naturalmente, otro tanto sucede con las señales que las emisiones de sangre dejan en el cuerpo. En un principio estas heridas cicatrizadas no afectan forma alguna ni ocupan sitio previamente determinado; pero la costumbre las señala una forma y un sitio precisos, y acaban por desempeñar el papel de ornamento: en un principio no eran más que el legado de los parientes de los muertos, despues se extendió este privilegio á toda la descendencia de un hombre temido en vida; al cabo llegaron á ser los signos del vasallaje á un jefe muerto, y finalmente á un dios: de aquí convirtiéronse en señal de tribu y de nacion.

Si, como vimos, el acto de adquirir trofeos, consecuencia de la victoria, desempeña un papel en los actos de sujecion gubernativa que son resultado de la conquista, hay motivo para creer que lo mismo sucederá con las mutilaciones introducidas por la costumbre de adquirir trofeos. Los hechos autorizan esta conclusion. Señales de servidumbre personal al principio, se hacen luego

señales de dependencia política y religiosa; desempeñan un papel análogo al de los juramentos de fidelidad y al de los votos piadosos por los cuales se consagra su persona. Además, como son públicas confesiones de sumision á un jefe visible ó invisible, robustecen su autoridad y hacen brillar la extension de su dominio á la vista de todos. Cuando son la señal de una subordinacion de clase lo mismo que cuando denotan la inferioridad de criminales, robustecen tambien el poder del sistema regulador.

Si las mutilaciones tienen el origen que les atribuimos, podemos abrigar la esperanza de hallar una relacion entre la extension que alcanzan y el tipo social. Cuando se reunen los hechos por nosotros recogidos en cincuenta y dos pueblos, se vé resaltar esta relacion con tanta claridad como pueda desearse.

En primer lugar, puesto que las mutilaciones pasan al estado de costumbre por efecto de la conquista y de la agregacion nacional que de ésta resulta, es de presumir que las sociedades simples, aunque salvajes, ofrecieran en menor escala este carácter social que las sociedades más vastas, compuestas de las primeras, y en menor escala que las sociedades semi-civilizadas. El hecho es exacto. Entre los pueblos que forman sociedades simples y no practican en manera alguna y muy levemente las mutilaciones, hallamos once pueblos que pertenecen á razas sin lazo alguno entre ellas: los Fuegianos, los Vedas, los Andamanos, los Dyaks, los Todas, los Gonds, los Santals, los Bodos y Dhimals, los Mishmis, los Kamstchadales y los Indios serpientes; y el carácter de estos pueblos es el de no tener jefe ó de no reconocer la autoridad de un jefe sino de una manera irregular. Por el contrario, en la clase de las sociedades compuestas, solo hallamos dos pueblos en los cuales no exista la práctica de las mutilaciones sino de una manera muy parca, ó de ningun modo: estos son los Kirghicios que llevan una vida nómada, condicion que dificulta la dependencia, y los Iroqueses que tienen un gobierno de forma republicana. Entre los que practican mutilaciones en una forma moderada, las sociedades simples se hallan en menor proporcion que las compuestas; de una clase se cuentan diez: los Tasmanianos, los isleños de Tanna, los de Nueva Guinea, los Karenos, los Nagas, los Ostyaks, los Esquimales, los Chinuks, los Comanches, los Chippeuanos; de la otra hay cinco: los naturales de Nueva-Zelanda, los Africanos Orientales, los Khonds, los Kukis y los Kalmukos. Falta aun observar que la autoridad simple de los unos y la compuesta de los otros son inestables. Al pasar á las sociedades en las que se practican mutilaciones más crueles, hallamos estas relaciones trocadas. Entre las sociedades simples solo puedo citar tres: los naturales de Nueva Caledonia, entre los que sin embargo no son de

un uso general las mutilaciones crueles; los Bosquimanos á quienes se considera como un pueblo decaído de un estado social superior, y los Australianos, igualmente decaídos en nuestra opinion. Pero entre las sociedades compuestas hay veinte y uno: los Fijianos, los Hawaianos, los Tahitianos, los Tongas, los Samoanos, los Javaneses, los indígenas de Sumatra, los Malgachos, los Hotentotes, los Damaras, los Bechuanos, los Cafres, los naturales del Congo, los negros de la costa, los del interior, los de Dahomey, los Achantis, los Fulahs de Abisinia, los Árabes y los Dacotahs.

En segundo lugar, como la consolidacion social es el efecto ordinario de la conquista, y como las sociedades compuestas y doblemente compuestas, durante los primeros periodos de su historia, son militantes por su actividad y por su estructura, resulta de ello que la relacion entre la costumbre de las mutilaciones y la importancia de la sociedad es indirecta, al paso que es directa la que existe entre esta costumbre y el tipo. Los hechos lo demuestran. Si colocamos al lado una de otra las sociedades que más difieren entre sí por la práctica de la mutilacion, vemos que son las mismas que más difieren en que mientras unas tienen una organizacion enteramente militar, las otras la tienen completamente no militar. A un lado tenemos á los Veddas, los Todas, los Bodos y los Dimals, mientras vemos en el otro los Fijianos, los Abisinios y los antiguos Mejicanos.

Derivándose la costumbre de las mutilaciones de la de arrebatar trofeos, y desarrollándose á la par del tipo social militar, puede preverse que decrecerá á medida que las sociedades consolidadas por la via militar, se harán ménos militares, y que desaparecerá á medida que se desarrolle el tipo social industrial. La historia de Europa prueba que así sucede. Finalmente, es un hecho significativo el de que en la sociedad inglesa, en la que predomina hoy el sistema industrial, las escasas mutilaciones que quedan en uso se refieren á la parte reguladora de la organizacion, que es un legado del sistema militar; todo lo que resta de ellas se reduce á punturas sin significacion ninguna entre los marineros, la marca de los desertores y la decapitacion de los criminales.

## PRESENTES

Los viajeros que se aproximan á los extranjeros tienen la costumbre de captarse su amistad con presentes. Obtienen con ellos dos resultados. Primeramente, el placer causado por el valor del objeto regalado tiene por objeto solicitar una actitud amistosa en el extranjero; luego, la manifestacion tácita del deseo de agradar que tiene el donador tiende á producir el mismo resultado. De este deseo es de donde proviene el presente como ceremonia.

La intimidad entre las mutilaciones y los presentes, entre las ofrendas de una parte del cuerpo y las de alguna otra cosa, lo que queda bien probado para los antiguos Peruanos, nos entera tambien como el acto de hacer un presente se hace un acto propiciatorio independientemente del valor de la cosa ofrecida. Las personas que transportan bultos á sitios elevados, nos dice Garcilaso, una vez llegados á la cumbre se descargan, y todos ellos dirigen luego al dios Pachacamac las siguientes acciones de gracias:

«Os doy gracias por haber podido llevar esto hasta aquí. Despues, á manera de ofrenda, arrancan un pelo de sus cejas ó tiran de su boca la yerba llamada *cuca*, como si fuera lo que más precioso tuvieran. O bien, si no hay cosa mejor que ofrecer, presentan una pequeña brizna de paja ó una piedrecita ó una porcion de tierra (1).»

Por raras que en un principio parezcan, bajo esta forma enteramente nueva, estas ofrendas de partes pertenecientes al cuerpo, ó de cosas á las cuales el donador da el valor, no nos lo parecerán tanto si recordamos que pueden verse al pié de una cruz al borde de una carretera, en Francia, un monton de crucejillas hechas con dos pedacitos de madera unidos. En el fondo, estas cruces no tienen más valor que las briznas de paja, los palos y las piedras de los Peruanos, y por eso llaman nuestra atencion hácia el momento en que dan al acto de ofrecer un presente, el carácter de una ceremonia expresando el deseo

(1) Garcilaso de la Vega, II, 4.